

proyectada contra el gobierno de Montt? Veamos lo que responde Edwards, pág. 254: «Los iniciadores del movimiento, los que iban a allegarle recursos pecuniarios o prestigio político, pertenecían a la extrema derecha conservadora o a la fracción más moderada del liberalismo aristocrático. En cambio los hombres de acción, los que tendrían en sus manos la fuerza revolucionaria efectiva, los ejércitos y las montoneras, las ciudades, las provincias, iban a ser los jóvenes constituyentes, empapados en las utopías reformistas y los elementos demagógicos reclutados entre los descontentos del orden social».

Como se ve, nuestra política ha variado muy poco. También en aquel tiempo núcleos de arribistas, de oscuros personajes, nacidos en baja esfera, se ponían del lado de los pelucones para hacer la guerra a los gobernantes de condición social modesta. Aduladores, de oficio, cambiaban su mínima dignidad por un rozamiento con los grandes del apellido. El libro de Edwards, merece un comentario más extenso; sugiere reflexiones admirables sobre el desarrollo de la política y sociedad chilenas y presenta un cuadro vivo, animado de las revoluciones que conmovieron el gobierno de Montt. En Alberto Edwards había la pasta de un gran historiador, con un sistema, con una filosofía. Cosa no siempre fácil de hallar entre nuestros historiadores o aspirantes.—
D. M.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFÍA DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA, NOTAS CRÍTICAS, por *Guillermo Feliú Cruz*.

En las ventanas de la librería Servat—esquina S.E. de las calles Ahumada y Huérfanos—se exhibían a fines de 1878, entre otras novedades, los tres volúmenes de la obra de don José Toribio Medina, *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, a cuya lectura un grupo de jóvenes amigos dedicó luego y durante algún tiempo las primeras horas de sus noches. Eran Manuel Rodríguez Mendoza, Emilio Siredey Borne y Samuel Ossa Borne, a la sazón compañeros inseparables en los momentos que las exigencias de la vida y las tareas estudiantiles les dejaban disponibles. Estas lecturas hicieron nacer en ellos la duda acerca de la efectividad de que haya existido un régimen colonial inflexible para mantener los pueblos americanos en la ignorancia, mediante la falta de escuelas, y con la prohibición de introducir libros de otras materias que las religiosas. Tales dudas quedaron en estado latente hasta que, en 1883, hablé de ellas, incidentalmente, con Paul Lemétayer, quien se interesó por aquilatar su causa. Al devolverme los libros me dió noticias de que a la librería Servat había llegado una nueva obra del señor Medina *Los Aborígenes de Chile*. Luego el mismo Lemétayer expresó que, si bien aquel y este libro harían honor a los hombres estudiosos de cualquier tiempo y

país, *Los Aborígenes* ejercería influencia en el mundo de los sabios, pues era el fruto de una valiosa investigación científica, bien presentada y con novedades científicas apreciables.

La opinión de Lemétayer, dada a conocer por Siredey entre sus condiscípulos de la Escuela de Medicina, trajo a algunos a participar de la lectura de *Los Aborígenes*. Recuerdo de dichos estudiantes a Rafael Dueñas, Juan Bautista Ortiz, Carlos Arce, Estanislao Fraga, Moisés Amaral,—éste es el único que sobrevive.

Después de más de tres años que estuve ausente, volví a Santiago a servir un empleo en el correo, en el que me cupo en suerte tener de compañero de trabajo a Ramón Laval, hombre excelente, de vasta y buena lectura y con mucha afición a los libros. En el hablar cotidiano tuvieron su párrafo las dudas aquellas y el libro que les dió origen. Los acontecimientos de 1891 sacaron del correo a Laval y lo metieron en la Biblioteca, que es como decir «a su casa». Destinado yo, tres años después, a Valparaíso, aquí recibí con frecuencia cartas de Laval, a veces con remesas de nuevos libros, entre éstos, en 1895, el de Medina, *La instrucción Pública en Chile desde su origen hasta la fundación de la Universidad de San Felipe*, (acompañado de una alusión a las dudas antedichas) y seguidamente, entre otras obras del mismo Medina, a medida que se publicaban o que Laval los adquiría, *Cosas de la Colonia*, ambas *Bibliotecas* (*Hispano Chilena* y la *His-*

pano Americana) fuente inagotable y amena para facilitar toda materia de estudios coloniales.

No he sido extraño, pues, al entusiasmo por la hermosa labor de don José Toribio Medina, ni a la admiración justiciera de que ha sido objeto, antes y después de que la naturaleza pusiese término a la existencia del investigador y polígrafo eminente. Se comprende, así, el vivísimo interés con que vengo siguiendo y la complacencia con que aplaudo el trabajo tan metódico y bien encaminado que prosigue Guillermo Feliú Cruz, con preparación y perseverancia dignas de la materia y con acierto de que son testimonio los tomos publicados del *Catálogo Breve de la Biblioteca Americana J. T. Medina*.

El 1.º (publicado en 1928) alcanza el tomo 178 y el N.º 3935 de los documentos inéditos y cierra con un excelente índice cronológico de éstos; tiene una Advertencia preliminar, que es un interesante estudio sobre la Biblioteca Americana de don José Toribio Medina. El tomo 2.º (publicado en 1930), «comprende el inventario de 2012 documentos inéditos relativos a Chile, reunidos y hechos copiar por don J. T. Medina en el Archivo de Indias de Sevilla principalmente. Prólogo de Feliú Cruz—se inicia con el documento 3936 y termina con el 5948, Abarca, pues, 50 tomos de manuscritos. Cronológicamente, abrazan estos papeles un espacio de 107 años desde 1720 hasta 1827, es decir, incluyen el final del gobierno del galante caballero don Gabriel Cano de Aponte

para terminar con la incorporación de Chiloé al dominio de la República». Como el anterior, este tomo cierra con su índice cronológico. En 1930 publicó también, como tomo preliminar del *Catálogo Breve* el catálogo de don J. M. Chiappa con su correspondiente prólogo, ilustrativo documento. La publicación del tomo III del *Catálogo Breve* fué hecha en 1929, contiene 1668 números de Manuscritos originales de Historia general, informaciones, servicios, asuntos eclesiásticos, variedades, etc., con su respectivo Índice de Materias (1).

El nuevo libro de Guillermo Feliú Cruz. *Bibliografía de don José Toribio Medina, Notas Críticas*, que publicados en Buenos Aires, es tirada aparte del *Boletín de Instituto de Investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras*, año x. t. xi, n.º 49-50, pp. 316-492. Buenos Aires, julio-diciembre 1931. Trae en la p. y, la siguiente nota:

A los efectos de dar, conforme a nuestra pauta, un elenco completo de los trabajos de Medina, hemos solicitado la desinteresada colaboración del señor Guillermo Feliú Cruz, discípulo del malogrado gran americanista y Conservador de la Biblioteca Americana José Toribio Medina, en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Y es así como se ha podido completar lo que ya habían hecho, Víctor M. Chiappa,

(1) En la pág. 89:—«833.—Borradores y apuntes de puño y letra de don Benjamín Vicuña Mackenna sobre Inquisición, a que sigue, puesto por él: «Documentos originales sobre controversias que tuvo el Comisario de la Inquisición de Lima en Santiago con el Obispo Villarreal en 1635. Soy deudor de este volumen a la generosidad de mi ilustre amigo el Ilmo. y Rvmo. Arzobispo de Santiago don Crescente Errázuriz».

por el período 1873-1914, y el mismo Feliú Cruz en el momento del cincuentenario de la vida publicista de José T. Medina, celebrado en 1923. Reunimos todo en nuestro Boletín y queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento al Señor Feliú Cruz quien ha realizado con indiscutible éxito, un esfuerzo que sabrán valorar, mejor que nadie, los entendidos en la materia.

A la introducción del trabajo de que se trata pp. XII—corresponde al siguiente Sumario: El cincuentenario literario de Medina en 1923.—El homenaje de la Revista Chilena de Historia y Geografía.—El Epítome de Chiappa.—Noticias de los trabajos intelectuales de Medina, de este mismo autor. Continuación de la bibliografía de Medina desde 1914 hasta 1924.—Bibliografías generales y parciales de Medina (nota).—Las adiciones a la bibliografía de Medina.—Método seguido en este elenco.—La colección completa de las obras de Medina.—Porque esta Bibliografía es incompleta.—Obras póstumas de Medina.—La edición de la Universidad de Chile.

De este sumario considero aquí los dos últimos números: esta bibliografía es incompleta, porque dice Feliú Cruz:

En el género de estudios a que se consagró Medina, los mismos temas que dilucidaba enhebrábanse con otros cuyos atisbos nunca dejó de mano hasta que, con los primeros materiales formaba parte para otras nuevas obras. Así se comprende que deje tantas obras póstumas. Según una indicación suya, de que tomé nota en una conversación que

tuve con él en la tarde del 29 de Julio de 1929, esas obras eran las siguientes: Biblioteca Hispanoamericana de la Orden de San Francisco, 3 vols.; Los Alféreces Reales de Buenos Aires; Compendio de la Literatura Chilena hasta 1852; La Escotida del Padre Farías; Bibliografía de Hernán Cortés; El primer feminista americano; Dávalos y Figueroa; La Araucana (edición popular); Periódicos y periodistas de la colonia; Ediciones a la Imprenta en Lima; Autores americanos citados en el Diccionario de Autoridades de la Real Academia; Nuevos Anónimos y pseudónimos hispanoamericanos; Ércilla juzgado por «La Araucana» (tomo VI de la edición monumental); La Imprenta en el Virreynato de Buenos Aires; nuevos materiales para su estudio; Un documento desconocido sobre Cervantes; Un documento inédito sobre Pedro de Valdivia. Y a esta lista hay que añadir aún la reimpresión de la edición crítica de la Tía Fingida de Cervantes que bajo la dirección de Pedro Sainz Rodríguez se está haciendo en Madrid. Por eso, pues, digo que esta bibliografía no es completa. Dentro de poco, y por petición de la Universidad de Chile, tomaré a mi cargo la edición de las obras póstumas de Medina, y entonces, cuando escriba su vida, que irá precedida de una bibliografía y bio-bibliografía crítica, se tendrá en definitiva reunido el acervo de su increíble y portentosa labor.

El «Elenco de Trabajos y Notas Críticas» se compone de 100 títulos (del 308 al 408, comprendiéndose 16 de Obras Póstumas) de los cuales no son pocos los que traen los comentarios a que la publicación de los respectivos trabajos ha sido objeto, todas ellas de positivo interés, y que dan a esta obra de Feliú

Cruz animación y agrado especialísimos.

Se leen con deleite, sin duda no menos que el de Feliú Cruz al recopiarlas. Son ellas de Emilio Vaisse, Juan Steffen, Alejandro Fuenzalida Grandón, Ricardo Donoso, Ramón Oliveres, Carlos Acuña, Raúl Silva Castro. Hay una del mismo Medina, el prólogo que por extraño modo no apareció en la impresión neoyorquina de la «Bibliografía de las Lenguas Quechua y Aymará» por José Toribio Medina, su contribución al Congreso de Americanistas celebrado en Nueva York en Febrero de 1930, del cual fué Presidente Honorario.

De estos comentarios, son sobremanera interesantes, sin merma del positivo mérito de todos, los de Fuenzalida Grandón, uno sobre la Biblioteca Chilena de Traductores Ordenada por J. T. Medina, y el otro sobre Fray Joseph de San Alberto, Carta a los Indios infieles Chiriguano; el de Omer Emeth sobre el Prólogo de Medina en el tomo primero de *Leyendas y Episodios Chilenos, Crónicas de la Conquista*, de Aurelio Díaz Meza, en el que hay una erudita reseña sobre el género en que se ha inmortalizado el peruano Ricardo Palma; el de Ricardo Donoso sobre «Las dos últimas obras del Señor Medina» o sea: «Bibliografía de la lengua guaraní», y la reproducción facsimilar de la «Verdadera relación de los reinos y provincias del Perú desde la ida a ellos del Virrey Blasco Núñez Vela hasta el desbarato y muerte de Gonzalo Pizarro», por

Nicolás de Albenino, impreso en Sevilla en 1549, y de la cual no se conoce más ejemplar que el existente en la biblioteca Nacional de París.

Es digna de celebrar y aplaudir la reproducción de estos comentarios: publicados, por lo general en los cotidianos, ahora dan mayor interés a la indicación bibliográfica correspondiente, comprobando al decir de Fuenzalida Grandón, de que, en cambio de la mera enumeración bibliográfica,

si de vez en cuando se allega aquí un dato de peregrino, allá un fugaz comentario, acullá una referencia oportuna, el bibliógrafo habrá logrado infundir en su trabajo cierto solaz de vida comunicativa, como lo proporcionarán otrora las agudas anotaciones de Menéndez Pelayo en sus libros sobre bibliografía hispanoamericana y en aquel admirable de «Horacio en España», todos tan conocidos de los doctos y en los cuales a lo maravilloso de la erudición se añade la enjundia crítica, en su género lo más hondo, y cautivador que en lengua castellana se haya dado a luz en todos los tiempos.

Esos comentarios, por lo demás, ofrecen antecedentes, complementarios a veces, o traen asociaciones de ideas que suelen ser preciosas.
—*Samuel Ossa Borne.*

POESIA

MACEO.—Poema de *Eliezer Aronowsky* (Traducción de Andrés de Piedra-Bueno).

Romance patriótico, sin arrestos de imágenes y sin hallazgos de expresión, estos versos de un poeta

judío, escritos en idish y vertidos al español por Andrés de Piedra-Bueno, se leen sin esfuerzo y sin encanto.

Antonio Maceo, héroe de la Independencia cubana en su lucha contra el dominio español, es el personaje que el poeta judío canta sin gran entusiasmo y sin cualidades líricas sobresalientes.

No creemos que entre el original y este romance del escritor cubano haya tales diferencias que desaparezcan, por defectos de traducción, las bellezas del poema escrito en idish. Nos inclinamos a creer que el original también es mediocre.

Primer libro de versos escrito en su dialecto por un judío en América—no tenemos noticias de que alguno le haya precedido—tiene, desde luego, el indiscutible mérito cronológico.

En «Maceo» (1) se duele Aronowsky de que la libertad cubana no se haya conseguido con haber arrojado de la isla el estandarte de España, y dice textualmente:

Pero, en realidad, la patria sólo ha cambiado de dueño, porque los yankees voraces un dogal de oro trajeron...

Dolorosa verdad que siente toda la América, aunque el traductor de «Maceo» la diga en malos versos...

ESMERALDA.—Poemas.—*Luis Mora Tovar.*

El dolor es siempre respetable, aunque para transmitir a los demás

(1) Buxó Hnos., Impresores. Habana. 1932.